

HOMILÍAS DOMINICALES

TIEMPO DE ADVIENTO

CICLO C

I Domingo de Adviento

“Velen, pues, y hagan oración continuamente”

Jesús nos invita a velar. Vela quien espera la mañana. Vela quien espera la luz. Los cristianos somos los que esperamos a Cristo, Luz de Luz.

Esperar velando. De esto se trata el Adviento que hoy comenzamos. Esperar la conmemoración anual del cumplimiento de la promesa que Dios hizo a la humanidad por medio de Jeremías, que escuchamos en la primera lectura. En la Natividad celebraremos que nació el vástago santo del tronco de David, que nació Jesucristo.

Pero en el Adviento también velamos esperando la segunda venida de Jesucristo. Este tiempo tiene dos partes. Desde hoy y hasta el 16 de diciembre nos preparamos para la segunda venida de Jesucristo. Y a partir del 17 de diciembre, nos prepararemos para conmemorar su primera venida.

Por eso, el Evangelio que escuchamos hace referencia a la venida gloriosa de Jesucristo al final de los tiempos, que es en lo que creemos, como profesamos en el Credo.

Vendrá de nuevo Jesucristo en un día que no tendrá atardecer, en un día sin ocaso, como dice una plegaria eucarística. Ya no habrá noche. Por eso, ya no velaremos, pues ya no esperaremos un nuevo día. Comenzará un domingo, un día del Señor, eterno.

Hemos escuchado lo que dice Jesús que ocurrirá ese día: la gente se morirá de terror y de angustia. Eso lo dice respecto a la gente. Pero respecto a sus discípulos dice otra cosa, les pide que ese día levanten la cabeza, porque se acerca la hora de su liberación.

Para nosotros ese no es el día de la angustia, sino el día de la libertad, el día que veremos a Jesús nuevamente en la tierra, con su cuerpo glorioso. Ese sería el día de un encuentro feliz. Ese será el día en que dejemos de decir “venga a nosotros tu reino”, pues diremos “el Señor reina” (Ap 19, 6).

Mientras el día en que venga el Señor Jesús, debemos de vivir de forma irreprochable en la santidad de Dios, como san Pablo invita a los tesalonicenses, y a ti y a mi, en la segunda lectura.

Debemos comportarnos como discípulos de Jesús para poder levantar la cabeza. Ser sus discípulos es seguir sus enseñanzas. Como escuchamos en el salmo, el Señor nos indica a nosotros, pecadores, el sendero, pues es recto y bondadoso.

En el Evangelio que leímos nos ha dicho el sendero: velar y hacer oración. Velar, esperar a la luz del mundo, vivir la virtud de la esperanza. Y orar, hablar con Jesucristo, para que llegado el momento no sea el juez duro, sino simplemente Jesús, con quien tenemos familiaridad de trato.

Hoy comenzamos un nuevo año litúrgico, es un buen día para empezar a hablar un rato con Jesús cada día. Contarle lo que te sucede, aunque él ya lo sepa. Pedirle su ayuda. También su perdón. Darle gracias. Y escucharlo. Esto es muy importante. Hablar con alguien no es un monólogo. Implica también escuchar al otro. Escucha a Jesús en el silencio. Algo te va a decir.

A Santa María, nuestra esperanza, la maestra de la espera, pues esperó nueve meses con alegría para ver el rostro de su Hijo, y esperó en la Resurrección de Jesús, le pedimos que nos ayude a velar orando, a esperar el día del retorno de Cristo.

II Domingo de Adviento

“Preparen el camino del Señor.”

Con estas palabras Juan el Bautista nos explica el sentido de este tiempo litúrgico. Lo hace Juan, el primo del Señor, porque tanto hoy como los dos siguientes domingos no aparece Jesús diciendo o haciendo algo en el pasaje del Evangelio que leemos, pues en el Adviento estamos esperando su venida.

Este tiempo no se trata de una cuenta regresiva a la celebración anual del nacimiento de Jesús o de pensar en el retorno glorioso del Hijo de Dios a la tierra. Su objeto es otro y nos lo indica Juan en el pasaje del Evangelio que leímos: se trata de preparar el camino al Señor.

¿Cuál es el camino que hay que preparar? Jesús dijo que él es el Camino (Jn 14, 6). Eso significa que Juan pide preparar el camino al Camino. Si el Maestro es Camino, nosotros, sus discípulos, debemos ser también lugares por donde se pueda transitar, como dice el profeta Isaías, debemos poner la espalda como suelo como calle (51, 23), para que los transeúntes puedan encontrar al único Camino.

Que nuestra vida, Señor, sea un lugar por donde tú pases haciendo el bien (Hch 10, 38). Que nuestra vida sea el cimiento por el que los demás puedan caminar en ti.

El Bautista nos invita a cambiar nuestra vida en este Adviento, para que sea una calle que lleve a Cristo, el único Camino. ¿Cómo debemos cambiar? Juan nos lo dice: “hagan rectos sus senderos”. Hacer rectos es quitar las desviaciones, lo que no lleva hacia Jesús. ¿Con mi vida yo conduzco a los demás hacia el Señor o hacia el dinero y hacia el pecado?

En el Evangelio y en la primera lectura también se habla de otra forma de componer el camino: rebajar las montañas, es decir, quitar los obstáculos. Aprovechemos este Adviento para confesarnos y, de esa manera, retirar todo aquello que es un impedimento para tener una vía libre hacia Dios.

Otra forma de arreglar el camino que aparece tanto en el Evangelio como en la primera lectura de hoy es rellenar los valles. Un valle es un espacio bajo que hay entre montañas. Algo tiene que crecer en los valles para que se ponga a la misma altura que las montañas. Eso que ha de crecer es lo que nos dice san Pablo en la segunda lectura: el amor. El amor a Dios y al prójimo debe de crecer en este Adviento para que se traduzca en una mayor sensibilidad espiritual y así lleguemos llenos de los frutos de la justicia al día de la venida de Cristo.

Amando a Dios y al prójimo estaremos caminando en Jesús, que es el Camino. Y al recorrer ese Camino, toda nuestra vida cambiará. Si pasamos por Jesús, nuestras lágrimas se transformarán en cantos, como escuchamos en el salmo.

Ad Iesum per Mariam, a Jesús por María. A Nuestra Madre nos encomendamos para que preparemos el camino al Camino en este Adviento.

III Domingo de Adviento

“Ya viene otro más poderoso que yo”

Con estas palabras Juan el Bautista, que vuelve a ser hoy el personaje central del pasaje evangélico, nos anuncia que el Señor está próximo.

Se acerca la celebración anual de la Natividad del Señor, y se acerca también el día del regreso de Jesucristo. Por eso, como nos pide san Pablo en la segunda lectura, debemos estar alegres.

“Alégrense siempre en el Señor”, les pidió Pablo a los filipenses y también a ti y a mi. Estas palabras le han dado nombre a este domingo, que se conoce como *Gaudete*, es decir, alégrense. Un domingo en el que el color morado puede desteñirse un poco y volverse rosa, como anticipación al júbilo navideño.

La liturgia nos recuerda de esta forma que la alegría es una virtud cristiana. Podemos pensar que no siempre es posible estar alegres, sobre todo cuando se presentan momentos de dolor, de angustia, de hambre.

Ciertamente las lágrimas son parte de la vida. Sin embargo, la alegría cristiana no consiste en risas y cantos nada más. Es algo más profundo, que se mantiene en los momentos de oscuridad, y que nos reconforta anunciándonos que tras la noche aparece de nuevo la luz.

La fuente de la alegría cristiana es sabernos amados por Dios, como escuchamos en la primera lectura, es saber que él se llena de júbilo por nuestra causa; que ha sido grande con nosotros y por eso nos llenamos de alegría, como dice el salmo que escuchamos.

La alegría cristiana está en el amor. En sabernos amados, pero también en amar a los demás. Por eso, Pablo les enseñó a los presbíteros de Éfeso que Jesús había dicho que “hay mas alegría en dar que en recibir” (Hch 20, 35).

Dar también es causa de alegría. Por eso, en el Domingo *Gaudete*, Juan el Bautista explica que “quien tenga dos túnicas, que dé una al que no tiene ninguna, y quien tenga comida, que haga lo mismo”.

Esta es una enseñanza para prepararnos para la venida definitiva del Señor, y también para la celebración anual de su nacimiento, ya cercana. En estos días en que se planean menús navideños, ¿has pensado qué le vas a dar a los pobres? ¿Habrá comida de sobra en tu mesa mientras otros sufren hambre? ¿Has pensado en dar regalos más modestos para gastar el dinero ahorrado en ropa o cobijas para los que padecen frío? ¿En tu lista de compras hay algo para el niño que pide una moneda y no tiene un solo juguete?

Piensa en esas personas al hacer tus planes navideños. Esa es la forma evangélica de preparar la Navidad y de prepararte para el último día. Un cristiano debe organizar esta fiesta pensando en los demás y no solo en luces, adornos, envolturas y moños. En lo que tu des a los necesitados estará tu alegría, y no en los dulces que comas en Navidad o en los regalos que recibas. La alegría está en dar.

A Santa María, causa de nuestra alegría, como la invocamos en la letanía lauretana, le pedimos que nos ayude a preparar la Navidad como ella se preparó para el nacimiento de su Hijo: dando, dando y dando.

IV Domingo de Adviento

“¡Bendita tú entre las mujeres!”

Hoy le decimos a Santa María esas palabras que le dirigió su prima, Isabel. Las repetimos en cada Avemaría, y se las decimos desde lo más profundo de nuestro corazón.

En los últimos domingos no ha aparecido directamente Jesús en los pasajes del Evangelio. Las dos semanas anteriores el protagonista fue Juan el Bautista. Hoy ha sido Santa María, pues estamos a pocas horas de celebrar que en ella se cumplió la promesa que leímos en la primera lectura: que daría a luz al que da la luz.

Pero antes de dar a luz, María llevaba a Jesús en su interior. Por eso, la tradición se ha referido alegóricamente a María como vaso, como el objeto que contiene en su interior. En la letanía lauretana se la llama “vaso espiritual”, “vaso digno de honor”, y “vaso insigne de devoción”.

En la misa empleamos un vaso: el cáliz. Podemos considerar que el cáliz es un signo de María pues, tras las palabras de la consagración, se encuentra verdaderamente presente Jesús en su interior. En el cáliz deja de estar el fruto de la vid, y empieza a estar el fruto del veinte de María, como dijo Isabel, el renuevo que cultivó Dios, como dice el salmo que leímos.

Dentro del cáliz está Jesús, como estuvo dentro de María. Pero la relación de Jesús con María es más profunda que con el cáliz, porque él se alimentaba de ella, se alimentaba de quien hace la voluntad de Dios (Jn 4, 34). Por eso, un prefacio de este tiempo dice que “en el seno virginal de la hija de Sión ha germinado aquel que nos nutre con el pan de los ángeles”.

En María creció el cuerpo de Jesús, del que habla la segunda lectura, que debía ser ofrecido de una vez por todas para que todos quedásemos santificados. Si en cada misa estamos en ese mismo y único sacrificio, encontramos otra relación de la Eucaristía con María. Por eso un himno eucarístico, el *Pange lingua* o Canta lengua, al hablar del misterio del glorioso Cuerpo y de la Sangre preciosa del Rey de las naciones, se refiere a la Eucaristía como “fruto de un vientre generoso”.

El Adviento es el tiempo de prepararnos para la venida del Señor. En este domingo podemos concentrarnos de forma especial en la preparación para la venida de Jesús al altar bajo las apariencias del pan y del vino. Y de hacerlo al ejemplo de María.

Escuchamos que Isabel le dijo a Nuestra Madre: “Dichosa tú, que has creído”. Aquí tenemos una pauta para comulgar como María: tener fe. Creer que no se nos ofrece un pan, sino el mismo Cristo. No debemos aproximarnos a la Eucaristía, como quien se acerca a recibir un recuerdo, un souvenir; debemos hacerlo sabiendo que realmente vamos a comer a quien María llevó en su seno.

A punto de celebrar la Navidad, podemos preguntarnos cómo nos acercamos a comulgar, si realmente nos preparamos para hacerlo o si simplemente es parte de la rutina de acudir a misa. ¿Me acerco sin conciencia de pecado mortal? ¿Cuido el ayuno eucarístico? ¿Soy consciente de que en tu lengua va a estar el mismo niño que cargó María recién nacido?

Comulgamos el fruto del vientre de María. Todo fruto lleva en su interior semillas. Semillas que pueden convertirse en fruto si caen en buena tierra. Si nos preparamos bien, la semilla del amor brotará en nosotros, haciendo que tengamos que ir al encuentro de los demás para comunicar la llama que

arde en nosotros, como María que, pese a estar encinta, se apresuró a un lugar lejano en las montañas para vivir la caridad.

La caridad verdadera, el amor al prójimo, surge de la Eucaristía. No existe una dicotomía entre obras de caridad y amor eucarístico. La auténtica caridad se alimenta de la Eucaristía. Santa Teresa de Calcuta, preguntada sobre la formación de las religiosas respondió: “Lo más importante es que tengan un amor hondo, personal, al Santísimo Sacramento, de tal forma que encuentren a Jesús en la Eucaristía. Así podrán encontrarle también en el prójimo y servirle en los pobres”

Pidámosle a María, el primer sagrario, que nos ayude a imitarla para recibir mejor a Jesús oculto en las especies eucarísticas; que nos ayude a ser la tierra fecunda en donde pueda brotar el futo de su veinte, Jesús, para llenar la tierra de su amor.